

Jonathan, ¿águila o sol?

Versión literaria de **Jaime Alfonso Sandoval**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**



Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Aleer
IBBY MÉXICO



Versión literaria: Jaime Alfonso Sandoval

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Juan Prieto

Guion de la versión para televisión: Mary Carmen Ramírez

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Génesis Ruiz Cota

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: agosto de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-7514-91-6 (Jonathan, ¿águila o sol?)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Jonathan, ¿águila o sol?

Versión literaria de **Jaime Alfonso Sandoval**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







My *name is...* Perdón, va de nuevo: Mi nombre es Jonathan. Nací en Estados Unidos, en un lugar que se llama Brookfield, muy cerca de Chicago, pero si me ves de lejos (o de muy cerquita) nunca dirías que soy gringo, de esos que salen en las películas peleando contra robots o dinosaurios. Soy de cabello muy negro, algo moreno. Para que te des una idea, parezco un niño mexicano. Eso no es tan misterioso, porque mi papá y mi mamá son mexicanos, de un pueblito que se llama Kipatla.



Soy estadounidense sólo porque nací en un hospital de Illinois, pero si hubiera nacido en un avión de Rusia, ¡sería ruso! A veces pienso que ni siquiera soy terrestre, porque mi mamá siempre dice:

—Jonathan, te estoy hablando, ¡siempre estás en la luna!

¿O sea que debo ser lunático o lunecino? Todavía no sé cómo se dice, pero así me quedé, en la mera luna, cuando mis papás me dijeron que iríamos a México, no de vacaciones, sino para quedarnos a vivir ahí.

—Jonathan, ¿escuchaste lo que dijimos? —preguntó mi papá al ver que no reaccionaba—. Cuando termines la escuela nos vamos.

—¿Nos agarró la migra? —pregunté asustado.

Mis papás se rieron. Las amistades de mi familia siempre hablan de la migra, de los papeles, la *green card* y eso.

—Nada de migra —explicó mi mamá—. Aquí ya casi no hay trabajo para tu papá. La situación está difícil.

—Y mi hermano me invitó a poner un taller de aparatos electrodomésticos en Kipatla —completó mi papá, contento—. Es nuestra oportunidad, porque siempre quisimos volver a nuestro país... Y ahora hasta con negocio propio.

—¿No te da gusto? Vas a poder conocer tu país de origen, tus raíces —dijo mi mamá.

Yo nunca he entendido eso de “las raíces”. Cuando dicen eso, me imagino como si estuviera en una maceta. Si las plantas reciben agua por las raíces, ¿yo que recibiría? ¿Mole y chocolate de México? ¡Mmmh! ¡Suena rico!

—No te distraigas —dijo mi papá—, hay que ir preparando todo. ¡Es una maravillosa noticia!

¿Maravillosa? La verdad es que era la noticia más horrible que había recibido en mi vida, porque iba a dejar a mis amigos de la Lincoln Elementary School. Ya no vería al pelirrojo George; a Dan, que es negro y juega ping pong como nadie; ni a mi mejor amigo de toda la vida, Johnny Zhang. Sus papás vinieron de China. Supongo que las raíces de Johnny deben ser larguísimas, para que le llegue la cultura de su familia desde el otro lado del mundo.

Mis amigos me dijeron que podríamos estar en contacto por Internet, pero no es lo mismo. ¿Cómo iría a jugar béisbol al parque McCormic Woods los sábados? ¿O andar en bici hasta la casa de Dan, que vive por el Brookfield Zoo? Hay una niña que me gusta, Rosa Kimberly (sí, así se llama)... ¡No podríamos ser novios ni ir al cine del Oakbrook Center por Internet! ¡Y ya que me estaba animando a hablar con ella!



Además, me preocupaba otra cosa. No era el idioma, porque mis papás siempre me hablaron en español; ni la comida, porque mi mamá trabajaba en un restaurante mexicano y siempre le ayudo cuando cocina pozole, tacos, chiles en nogada... (¡Mmmh! ¡Mis favoritos!). El problema era que nunca jamás había estado en México. ¿Cómo sería?

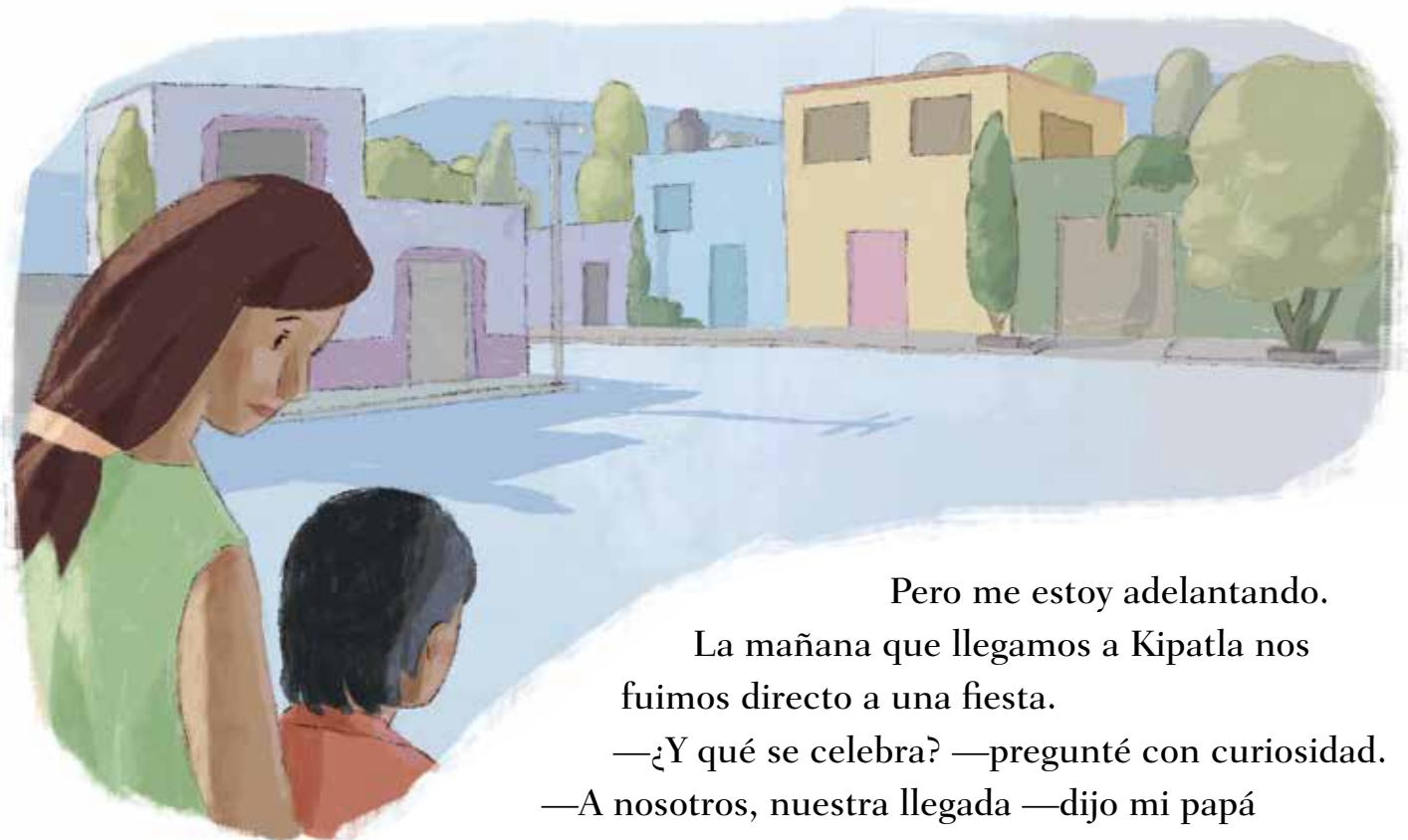
—Hay piñatas en cada esquina —me explicó mi amigo George, que siempre tiene respuestas para todo—; también muchos cactus, mariachis bajo las ventanas, vaqueros a caballo y sevillanas bailando con toreros. Lo vi en la tele, en una película de México.

—Pero las sevillanas son de España, ¿no? —observé.

—Yo hablo muy bien mexicano —interrumpió mi amigo Johnny Zhang, y luego dijo—: ¡Ándale, ándale! ¡Hasta la vista *baby*!

No le quise decir a mi amigo que su pronunciación era horrible y que *baby* ni siquiera es español. De todos modos, ya iba a descubrir yo mismo cómo era México.

Unas semanas después, llegamos a Kipatla. No encontré cactus ni vaqueros en la calle, pero sí me di cuenta de que tiene muchas plantas; unas casas muy bonitas, con patios llenos de flores; una plaza con una iglesia y el árbol más grande que he conocido en mi vida, se llama fresno y está lleno de pájaros. Cuando llueve, huele rico, a tierra mojada. En la noche, la luna se ve muy grande y brillante, y el cielo está cubierto de estrellas que se ven como si fueran un millón de millones de luciérnagas.



Pero me estoy adelantando.

La mañana que llegamos a Kipatla nos fuimos directo a una fiesta.

—¿Y qué se celebra? —pregunté con curiosidad.

—A nosotros, nuestra llegada —dijo mi papá

emocionado—. Mi prima Adela nos organizó una reunión de bienvenida. ¡Imagínense, hace quince años que no la veo! Ni a ella ni a la familia.

—Además, todos quieren conocerte —aseguró mi mamá—. Tienes muchos tíos, primos y familia en Kipatla. Es gente muy agradable, ya verás.

Me puse mi camisa más grande y preparé la sonrisa menos arrugada... Digo, ¡al revés! Me puse la camisa menos arrugada y preparé mi sonrisa más grande, pero por dentro... ¡Uf! ¡Me estaba muriendo de los nervios por conocer a mi familia mexicana! ¿Cómo sería?

Entonces llegamos a la casa de la prima Adela, que es mi tía. La fiesta se hizo en su patio, que tiene muchas plantas. Ahí pusieron mesas con comida para

preparar los tacos de guisado. Alguien lo adornó con banderitas de México y de Estados Unidos. En un aparato de sonido pusieron salsa y música de mariachi.

Pasé por el *cacheteo*, que es algo que sufren los niños de todo el mundo, desde Tombuctú hasta Noruega, y es cuando llegas a las manos de tus tías y escuchas exclamaciones como: “¡Pero qué chulo niño! ¡Qué grande estás! ¡Eres un primor!”, y todas te dan pellizquitos o besos en los cachetes, aunque la verdad no seas ni chulo ni grande ni un primor, pero las tías de todos los países son así.

Analiqué a la gente que estaba ahí y ninguno era distinto a nosotros, ni usaban sombrero o traje de charro. ¡Ojalá estuviera ahí mi amigo George, para que viera cómo la gente en México no es igual a la de las películas que él ve! Yo estaba pegado a mis papás, que iban de un lado a otro saludando a sus parientes y hablaban de cosas un poco aburridas: que la crisis, la migración y así...

—¿Pero qué haces aquí? —dijo mi papá cuando me vio—. Vete a jugar con los demás niños.

—Seguro le da pena —aseguró la tía Adela y llamó a una niña—. Hija, ven, ándale.





“Dijo *ándale*, como Johnny Zhang”, pensé con una sonrisa.

Llegó una niña como de mi edad. Estaba peinada con un montón de broches. ¡Uf! Me imagino que es difícil hacerse ese peinado todos los días.

—Mira, Jonathan, ella es tu prima Tere —explicó la tía Adela—. *Ándale*, hija, preséntale tus amiguitos a Jonathan.

Tere resultó ser muy platicadora. Me llevó hasta el fondo del patio, donde estaban tres niños y otra niña, y en el camino me fue contando sus vidas. ¡Esa Tere debería ser periodista!

—Son bien buena onda. Vas a ver —aseguró y me señaló a una chica con las trenzas más largas que he visto en mi vida—. Ésa de allá es Cristina, sabe hablar náhuatl además de español, y ése —me enseñó a un chavo bajito de ojos verdes—, es Rogelio, sus abuelitos son de España y tienen una tienda de abarrotes aquí en el pueblo; y los dos de allá —era un chico negro y otro más chiquito—, son Yaro, sus papás son de Lumbasa, y Paco, que juega fut súper bien, aunque sea el más bajito de la escuela...

Intenté memorizar los nombres: Cristina, Rogelio, Yaro y Paco. ¡Tal vez serían mis nuevos mejores amigos!

Cuando llegué a donde estaban, todos me rodearon. Me sentí, no sé, como estrella de rock a punto de dar autógrafos. Cristina, la niña de las trenzas, fue la primera en hablar:

—¿Es tu primo, el del *otro lado*? —le preguntó a Tere.

—Sí, les presento a Jonathan, es de Chicago —explicó mi prima, muy orgullosa—. Es la primera vez que está en México.

Rogelio, el de los ojos verdes, me vio de arriba abajo, con desconfianza.



—Pero es un gringo pirata —dijo—.
¡Ni güero es!

Todos se rieron, menos yo.

—¡Ay, Rogelio! ¿Cómo va a ser güero si sus papás son de aquí? —dijo mi prima—. Su papá es mi tío José.

—Y no todos los americanos somos güeros —dije—. Hay de todo.

Me miraron con sorpresa, no sé, como si una estatua hubiera abierto la boca para platicar.

—¡Hablas español! —exclamó Paco.

—Sí, claro, y también lo escribo —reconocí.

—¿E inglés? —preguntó Yaro.

—Yes, of course.

Casi todos se rieron. Rogelio dijo:

—Entonces, tienes que ayudarnos con la tarea. Yo no paso de pollito-*hen*.

—Es pollito-*chicken* —observé—. *Hen* es gallina.

—Ay sí, qué presumido —dijo el niño de los ojos verdes, de mal humor.

—¿Quién te entiende Rogelio? Si tú le pediste ayuda —recordó Cristina.

—Mejor cuéntanos cómo es allá —pidió mi prima Tere, que tiene alma de reportera.

—¿Es cierto que todas las casas tienen alberca? ¿Y de verdad la gente sólo come hamburguesas?

Yo me reí. Les expliqué que mi casa de allá era normal, como las de aquí, y que mi mamá hacía comida mexicana y que había, como en todos lados, personas bajas, altas, gordas, flacas...

—Si todo es tan parecido, entonces, ¿para qué te viniste? —preguntó Yaro.

—Mis papás me trajeron —contesté.

—¿Entonces no te gusta México?
—dijo Rogelio—. ¿Hubieras preferido quedarte allá?

—Bueno, sí... —respondí.

Se hizo un silencio medio feo; yo quería explicar mejor las cosas, me gustaba México, era bonito, pero también Estados Unidos, porque allá tenía mi escuela y mis amigos, pero en ese momento Yaro dijo, como para cambiar de tema:

—¿Y si jugamos con la pelota?

—¡Sale! —dijo Paco—, vamos a jugar fut.

—Pero que Jonathan no juegue —añadió Rogelio—. Seguro ni sabe, los gabachos sólo conocen el futbol americano.

—También conozco el futbol soccer —me defendí.



—A ver —se me acercó Rogelio—, ¿cuál es tu equipo favorito de fut mexicano?

Me quedé como en blanco. Sí sabía jugar soccer, y no es que sea presumido, ¡soy muy bueno!, pero no conocía casi nada de fut de México. ¡Apenas llevaba bien poquitas horas en el país! Intenté hacer memoria de algo que me sonara familiar.

—¿Los del equipo de... Cruz Amarilla? —murmuré.

Todos se rieron.

—¡Ese equipo ni existe! —se burló Rogelio.

Mi prima Tere propuso que me dejaran jugar, para que aprendiera. Rogelio dijo que podía llevar el marcador. Al final, no quise ni eso, me fui, dije que me dolía la panza.

Y sí me dolía, sentía como un agujero muy grande. ¿Por qué no le caía bien a ese niño, Rogelio? Mi prima tampoco dijo nada. ¿Y si sentía vergüenza de mí? ¡Uf! ¡Iba a ser muy difícil tener amigos en México!

Esa noche, tenía ganas de hablar con George, Dan y Johnny Zhang, mis amigos de Brookfield, pero en la casa de Kipatla todavía no había Internet. Sólo pude ponerme a ver unas fotos que tenía de ellos. Cada minuto me sentía más triste.

—Jonathan, hijo, te estoy hablando... ¿Ves?, siempre estás en la luna —escuché una voz, era mi mamá que acababa de entrar al cuarto—. ¿Y esas maletas? ¿Por qué no has terminado de desempacar?

Entonces, así, sin pensar, dije:

—Quiero regresar a mi casa.

Mi mamá abrió los ojos muy grandes:





—Ahora ésta es tu casa. ¿No te gusta?

Suspiré. Kipatla era bonito pero...

¿cómo explicarlo? Mis papás crecieron en estas calles, aquí fueron a la escuela, para ellos era fácil, sus raíces estaban en este pueblito, pero las mías estaban como al revés; yo extrañaba mi otra casa, mi otra vida. Estaba como de cabeza.

—No le caigo bien a los niños —dije muy quedito.

—¿Quién te dijo eso?

—Ellos. No soy igual de mexicano que ellos.

—¿Entonces qué eres? ¿Medio mexicano? ¿Tres cuartos de mexicano?

—se rió.

Yo me quedé en silencio. Mi mamá se dio cuenta y me hizo una caricia en el pelo.

—Ay, Jonis —suspiró.

A mí me da mucha pena que me diga Jonis, porque así me decía cuando era casi bebé, pero en ese momento sentí calentito en el pecho.

—Éste también es tu país. No se te olvide —aseguró mi mamá—. Y además, esos niños ni siquiera te conocen.

Negué con la cabeza.

—¡Ahí está! No saben casi nada de ti, pero mañana que los veas, los vas a sorprender.

—¿Y por qué mañana?

Mi mamá me explicó que la tía Adela llamó para decir que estaba invitado a su casa, para ver un partido de futbol en la tele.

Acepté. Tal vez las cosas tuvieron un mal comienzo, pero podían mejorar con una segunda oportunidad.

Esa noche tuve un sueño muy raro. Yo era una piñata de mariachi y todos me pegaban, aunque no me dolía, porque era de cartón, pero cuando me rompieron, salieron hot-dogs... Qué sueño tan raro, ¿no? Tal vez sí soy de la luna.

Al día siguiente, hice antojitos. Bueno, yo no, mi mamá los preparó, pero yo le ayudé: chalupitas, pellizcadas, sopecitos, gorditas. Los metí en un recipiente y los llevé a la casa de mi tía Adela. Me abrió su esposo, mi tío Beto.

—Adelante, caminante —dijo y, cuando vio lo que llevaba, hasta se le hizo agua la boca—. ¡Híjole, Jonathan, ahora sí te volaste la barda! ¡Y yo que iba a ir por unas pizzas para la chamacada! Pero entra, están en la sala viendo el partido en la tele. Empezó hace rato.



Ahí los encontré: Cristina, Paco, Yaro, Rogelio y Tere.

—Qué onda, Jonathan —me saludó mi prima, con una sonrisa—. Pásale.

Yo creo que ni se acordaban del ridículo que hice el día anterior, o tal vez sí, pero cuando vieron que llevaba comida, ya no dijeron que era un “gringo pirata”.

—Híjole, ¡está riquísimo esto! —dijo Paco con la boca llena de chalupitas.

—¿Dónde lo compraste? —preguntó Rogelio.

—En ningún lado, yo lo hice... con mi mamá —dije orgulloso.

Todos me miraron con respeto y me sentí muy bien. ¡El segundo intento de tener amigos estaba resultando un éxito!

—Ah, pues te queda muy buena la comida mexicana para ser gabacho —reconoció Rogelio.

Y mientras se estaban peleando los últimos sopecitos con salsa roja, volteé a ver la tele. Reconocí a los jugadores con el uniforme blanco, con un escudo de barras y estrellas, eran los de Estados Unidos. Un jugador había conseguido burlar a dos defensas y avanzó a la portería contraria, chutó desde bien lejos y, sin que nadie lo esperara...

—¡Gooooool! —grité emocionado, como loquito—. ¿Vieron qué golazo metió? ¡Estuvo, woow, increíble!

Todos me miraron sorprendidos. Paco casi se atraganta, escupió un trocito de gordita que tenía en la boca.

—Esperen, seguro viene la repetición —señalé la tele—. Miren, ahí, justo ahí...

Y ahí estaba la repetición, en cámara lenta, había sido un golazo. ¡Al portero despistado, el balón le pasó por encima de la cabeza!

Pero las caras de Cristina, Yaro, Rogelio, Paco y hasta de mi prima Tere se ponían cada vez más serias, como si yo hubiera dicho una grosería, la peor del mundo. Yo seguía sin entender. ¿Por qué nadie estaba celebrando si era un golazo de ésos que hacen historia?

—¿Qué no ves? —Tere señaló la tele—. Estados Unidos está jugando contra México. ¡Nos metieron un gol!

—Ah, no sabía —murmuré.

—Claro que sabías —dijo Paco—. ¿Por qué crees que estamos vestidos así?

Hasta ese momento me di cuenta de que todos traían playeras verdes, ¿pero cómo iba a saber que ése era el uniforme de la selección de México? Yo ni lo conocía.

—¿Y tú a quién le vas? —preguntó Yaro.

Si decía: “A México”, para quedar bien, ¡no me iban a creer!, porque acababa de celebrar un gol de Estados Unidos, así que mejor me quedé callado.







—Lo sabía, eres un traidor —dijo Rogelio—. Es lo que eres.
¡Te da gusto que México pierda!

—¡Traidor! —repitió Paco.

Si sus ojos hubieran podido disparar rayos láser, seguro ahí me habrían achicharrado. Así que, antes de que estallara una guerra internacional, justo cuando dieron el silbatazo del medio tiempo, salí de la casa... Les dije que me dolía la panza.



Otra vez era cierto, sentía que se abría en mí un agujero grande por donde se me escapaban las ganas de estar en esa casa, en Kipatla, en México... ¡Sentí horrible cuando me dijeron traidor! El segundo intento de caerles bien resultó peor que el primero.

Lo que me preocupaba era que sí le iba al equipo de Estados Unidos, pero no entendía por qué eso era malo. En la Lincoln Elementary School de Brookfield siempre me dijeron que debía sentirme orgulloso del país donde nació. Me enseñaron el himno nacional, su historia... ¿Y ahora era un traidor por eso? ¡No entendía nada!

Ese día regresé a mi casa, prendí la tele, imaginé que si México empataba el partido y luego Estados Unidos perdía, seguro me iban a perdonar... pero pasó algo horrible: Estados Unidos metió otro gol y otro más. Al final, el partido quedó en 3 a 0, a favor de Estados Unidos. Entonces, comenzó mi desgracia.

Cuando me encontré en la calle con los otros niños, Rogelio aseguró:

—Les echaste la sal. Por tu culpa, México perdió el partido.

Se me ocurrieron un montón de cosas para responderle; que si su equipo perdió fue porque los mexicanos no habían entrenado bien, o que descuidaron la alineación... No era posible que un niño que gritó “gool” en un pueblo llamado Kipatla haya tenido algo que ver con el marcador final de un partido que se jugó en otro país, a miles de kilómetros, frente a miles de personas ... ¡Ojalá tuviera ese poder! Pero me quedé callado, no quería más problemas.

—Traes la mala suerte...

—dijo Paco.

—¡Es cierto! —gritó Rogelio muy enojado—. Por tu culpa, México perdió el partido y, por gringos como tú, perdimos la Batalla del 5 de Mayo.

—Rogelio, ésa fue la Batalla de Puebla —recordó Cristina—, fue contra los franceses y, además, esa batalla la ganó México.



—Ah... como sea —Rogelio carraspeó—. ¡Los que nos invadieron no eran de México y nos querían hacer daño!

—No les hagas caso, Jonathan, seguro luego se les pasa... —dijo mi prima Tere, pero ella se fue con sus amigos y yo me quedé solo.

Pensé que el problema se iba a quedar así y que me tocaría ser el niño solitario del pueblo. Siempre hay uno, silencioso y triste, al que nadie le habla porque es raro, muy tímido, o por culpa de la Batalla de Puebla, como yo.

Las cosas estaban muy enredadas, pero entonces pasó lo que jamás imaginé... ¡Se enredaron más! ¡Horrible! Pero mejor te explico cómo pasó.

Mi papá me preguntó a la hora de la comida:

—¿Es cierto que el otro día te fuiste de la casa de tu tía Adela?

—¿Qué pasó? —preguntó mi mamá, preocupada.

—Nada, algo del fut —dije, sin dar más explicaciones, y mejor cambié de tema. Pregunté si ya había Internet.

Pero mi tío Beto también investigó en su casa y como Tere, mi prima, es muy comunicativa, le dijo que hubo un problema porque celebré un gol de Estados Unidos y Rogelio me llamó traidor y todos lo apoyaron.

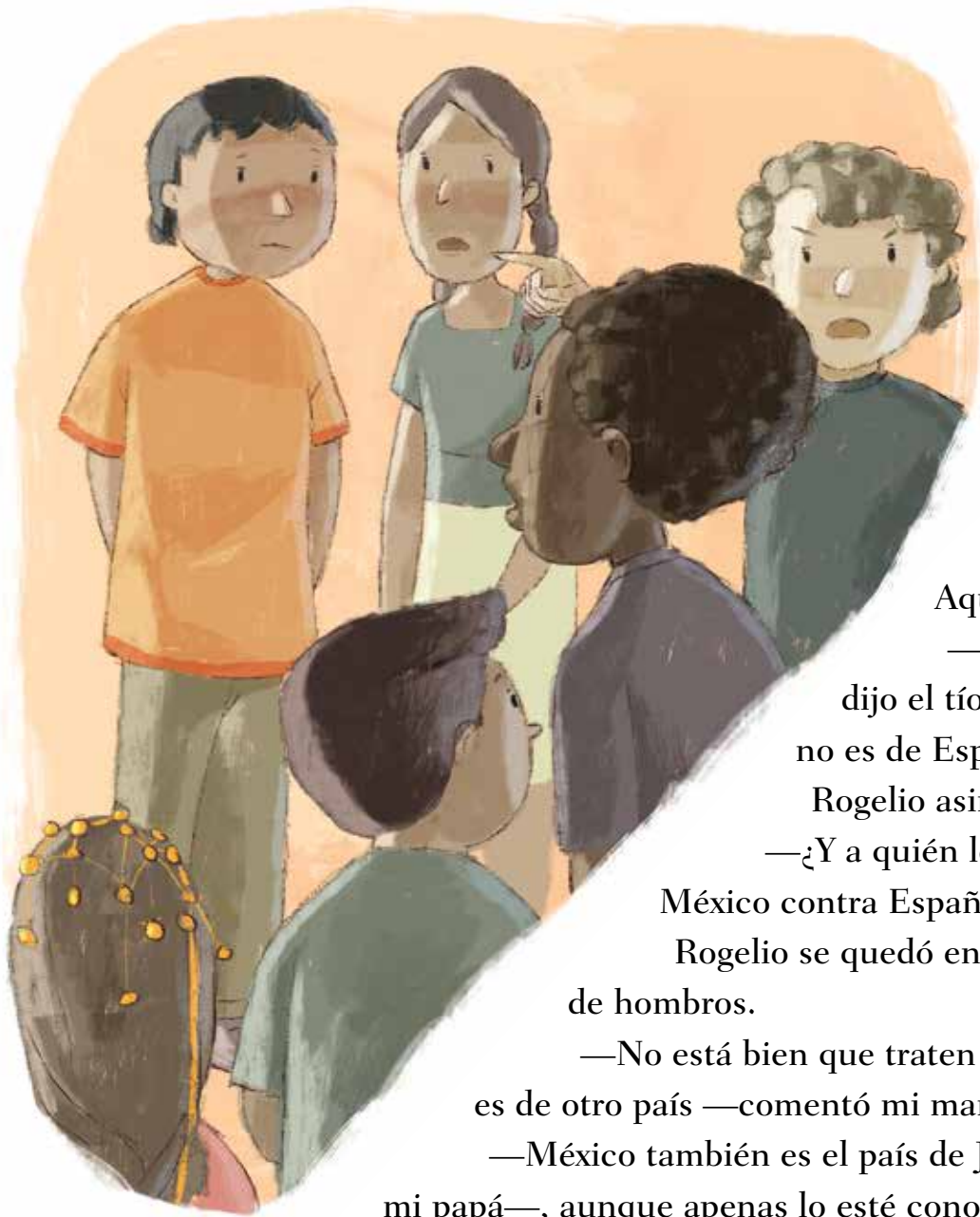




Entonces se hizo una reunión como las que hacen en la ONU, que es la Organización de las Naciones Unidas, por ejemplo, cuando dos países se van a pelear y juntan a sus presidentes para hacer negociaciones de paz. Eso lo vi en la escuela.

Así, mis papás y los papás de Tere juntaron a quienes estuvimos viendo el partido, para hablar de lo que pasó.

—Hicieron muy mal —dijo mi mamá.



—Estoy muy desilusionada de ustedes —suspiró la tía Adela y preguntó—: Yaro, tu familia es de Lumbasa, pero... ¿no te sientes mexicano?

—Sí —reconoció—.

Aquí es como mi casa.

—Y tú, Rogelio —le dijo el tío Beto—, ¿tu familia no es de España?

Rogelio asintió.

—¿Y a quién le vas cuando juega México contra España? —preguntó.

Rogelio se quedó en silencio y se encogió de hombros.

—No está bien que traten mal a alguien porque es de otro país —comentó mi mamá.

—México también es el país de Jonathan —explicó mi papá—, aunque apenas lo esté conociendo. ¿Por qué no mejor comparten con él lo que saben de nuestra historia?

Rogelio, Cristina, Tere, Paco y Yaro asintieron en silencio.

—Bueno, ya está bien —dio varias palmadas el tío Beto—. Quiten esa cara de sepelio y váyanse a jugar al patio, como buenos amigos.

Todos salimos. Yo pensé que con esa plática se había arreglado el problema, como en la ONU, pero cuando estábamos en el patio, lejos de los papás, Rogelio me dijo frente a los demás niños:

—¡Híjole, Jonathan, te pasas! Además de traidor, eres un chismoso.

—¡Pero yo no dije nada! —me quejé.

—Te pasas —repitió Paco.

—Por tu culpa nos regañaron —dijo Yaro—. Seguro ya estás feliz.

Cristina era la única que no parecía tan enojada conmigo.

—Tal vez el señor Beto tiene razón —opinó quedito—. Yo también tengo...

—Yo sólo sé una cosa —interrumpió Rogelio—. Si alguien de aquí le habla a Jonathan, es porque es igual de chismoso y traidor que él... y que no cuente conmigo.

Me sentí muy mal. Fracaso en la ONU de Kipatla. ¡Guerra total!

La guerra duró tres días. Fue lo que se llama una *guerra fría*, y no es que haya habido nieve y paletas, ¡ojalá!, sino que es una guerra como por abajito del agua. Digamos que los niños me ignoraban, como si fuera invisible, aunque a veces escuchaba que decían en la calle: “Mira, ahí va el *gringo pirata*, el traidor”.

—¿Ya se arregló todo con tus amigos? —preguntó mi mamá.

—Más o menos. Nos estamos conociendo —le respondí.



Sí, ¡pero de lejos! No quería que los papás se volvieran a meter, porque entonces sí sería un chismoso. Salía a jugar a la calle, pero solo. Me gustaba ir en bici a dar la vuelta por Kipatla y llegar hasta el patio al lado de la iglesia, que tiene ese árbol tan grande y frondoso, lleno de pájaros. En Brookfield nunca vi uno así de bonito.

Entonces, una tarde que llegué a ese patio, escuché mucho ruido. Había niños y niñas jugando por todos lados, vi a Yaro, Paco, Cristina, Tere y Rogelio, pero también había otros niños que no conocía...

Iba a darme la vuelta para alejarme, cuando escuché que estaban discutiendo y alguien se quejaba. Alcancé a ver que Paco estaba tirado en el piso de tierra. Noté que se había caído, porque tenía una rodilla raspada.

—No puedes jugar así —le dijo Tere—. Deberías ir a tu casa para que te revisen.

—¡Pero Paco es nuestro mejor goleador! —exclamó Rogelio.

—¿Entonces qué? ¿Ya se dan por vencidos? —se acercó un niño al que no conocía—. Si ya no pueden seguir jugando, pierden...

Todos miraron a Paco con la rodilla raspada. Entonces, escuché que Cristina dijo:





—¿Y por qué no entra Jonathan en su lugar? Así volvemos a estar completos.

Todos me vieron y luego vieron a Cristina, como si hubiera dicho una barbaridad.

—Podemos dejarlo a la suerte con un volado —sugirió mi prima Tere antes de que alguien dijera que no—. ¿Quieres jugar, Jonathan?

Dije que sí con la cabeza.

—¿Águila o sol? —preguntó Yaro lanzando una moneda.

—¡Sol! —dije con voz fuerte.

Casi me pareció que la moneda daba vueltas en el aire en cámara lenta, hasta que tocó la tierra. ¡Cayó sol! ¡Podía jugar!

—¡No vale! —gruñó enojado Rogelio—.

Además, ya dijimos que éste es gringo.

—¡Ay, Rogelio, ya bájale! Jonathan no es gringo —aseguró Cristina—, es mexico-americano, eso quiere decir que tiene dos culturas, como yo, y eso no tiene nada de malo.

—¡Además, es mi primo! —dijo Tere—. Si él no puede jugar, yo también me salgo.

—¡Y yo! —amenazó Yaro.

Al final, a Rogelio no le quedó más remedio que hacer una tregua —así se llaman las pausas en la guerra—, para invitarme a jugar fut y así terminar el partido. Yo acepté.

—Espero que sepas jugar soccer —me advirtió Rogelio.

¿Que si sé jugar? Se lo demostré como defensa, centro y delantero. Igualamos el partido 2 a 2 (metieron gol Yaro y Cristina) y, en el último minuto, crucé toda la cancha con el balón, haciendo fintas y dominadas, hasta que llegué a unos metros de la otra portería. La tenía justito enfrente de mí, para tirar a gol. Entonces vi a Rogelio del otro lado, dudé un momento y le pasé el balón, para que metiera el gol de la victoria.

Rogelio no esperaba que le regalara el balón, sonrió sorprendido.

—¡Tira, tira! —le gritó Paco, que estaba llevando el marcador.

—¡Tira! —repetieron Tere y Cristina.

Pero Rogelio no tiraba. Los niños del otro equipo ya se estaban acercando. Rogelio sólo





hizo una seña con la cabeza, como dándome las gracias, y me devolvió el balón para que completara la jugada.

Metí un golazo, casi tan espectacular como el del partido de la tele. Me sentí como si estuviera en un estadio y cien mil personas gritaran: “¡Gooool!”.

Yaro y Rogelio me levantaron en hombros.

—¿Qué equipo somos? —pregunté en medio de las felicitaciones.

—¿Cómo que qué equipo? —preguntó Cristina—. ¡El ganador!

—Sí, ¿pero de qué país? —insistí.

—De ninguno —rió Yaro—. Este equipo lo acabamos de formar... todavía no tenemos ni nombre.

—¿Y si le ponemos Cruz Amarilla? —opinó Cristina.

—¡Ya vas! —dijo Tere aplaudiendo.

—¡Qué buen nombre! —me reí.

—Nuestro nombre —me corrigió Rogelio.

En ese momento terminó la guerra. Es cierto que sigo extrañando a mis amigos de Estados Unidos, pero también es verdad que ahora tengo muchos amigos y amigas en Kipatla. Les encanta como cocino —con ayuda de mi mamá— y estoy aprendiendo muchas cosas sobre México, que también es mi país. Por ejemplo, descubrí que el fresno que está al lado de la iglesia es originario de México y puede alcanzar hasta 30 metros de altura. El secreto de su grandeza está en sus raíces.

Para que CONOZCAS más...

México es un país de origen, tránsito y destino de muchísimas personas migrantes. El Instituto Nacional de Migración reporta que, cada año, alrededor de 40 mil niños y niñas que migran son repatriados desde Estados Unidos a México.

Existen muchas familias deportadas o que han regresado voluntariamente constituidas por padres mexicanos con hijos estadounidenses quienes, a causa de su nacionalidad, enfrentan problemas de documentación que pueden impedirles el acceso a servicios de salud y educación, ente otros.

Muchos niños, niñas y jóvenes migrantes que regresan voluntariamente con sus familiares, o que son repatriados a sus lugares de origen, perciben su regreso como un conflicto, tanto a nivel personal como social, pues sienten que no son bienvenidos en su comunidad de origen, porque las prácticas y costumbres que adoptaron en otros lugares donde han vivido son consideradas amenazas para las tradiciones del lugar al que llegan.

Algunos de los problemas que enfrentan las niñas y niños repatriados o migrantes son:

- Dificultades lingüísticas.
- Adaptación al nuevo entorno geográfico y cultural.
- Violencia en sus lugares de origen.
- Falta de acceso a servicios básicos a causa de problemas con su documentación.
- Rechazo y discriminación social.
- Interrupción de sus estudios.
- Separación de sus familias.
- Carencia de protección y asistencia.

¿Cómo ocurre la discriminación contra las personas migrantes que regresan a nuestro país o las que pasan por su territorio?

Existen distintos factores que provocan hábitos y actitudes de discriminación e intolerancia contra las personas migrantes que regresan a sus lugares de origen, los cuales afectan el ejercicio de sus derechos.

Algunas de las actitudes sociales negativas contra las personas migrantes se basan en el lugar o región de donde vienen, su estatus migratorio y su apariencia física —por ejemplo, su forma de vestir o lo que se llaman característi-

cas fenotípicas, que son ciertas particularidades de sus cuerpos, como el color de su piel, cabello y ojos, y su compleción—; entre otras causas.

La *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México. Enadis 2010* arrojó la siguiente información sobre el tema de la migración:

- 27%, es decir, casi la tercera parte de las personas encuestadas, admite que no viviría con un extranjero o migrante.
- 7 de cada 10 personas encuestadas creen que las personas migrantes provocan algún tipo de división social.
- Poco más de la quinta parte de las personas en México considera que el principal problema de los migrantes es la discriminación.

¿Cómo se puede apoyar a los niños o niñas que regresan del extranjero después de un periodo prolongado de tiempo o que están de paso en nuestro país?

- Realizando acciones que les brinden condiciones de bienestar y un trato digno.

- Creando sistemas que faciliten la reunificación familiar en los casos que sea necesaria.
- Garantizando el respeto a sus derechos, tanto por parte de las instituciones como de las personas de las comunidades a las que regresan esos niños y niñas.
- Promoviendo el desarrollo económico, las oportunidades de empleo y la seguridad para esos niños y niñas, y para sus familias.

Reflexiona y actúa

¿Conoces personas en tu comunidad que hayan nacido en otro país o que hayan venido desde un lugar lejano? ¿Crees que son diferentes de las personas que siempre han vivido en tu comunidad? ¿Crees que es verdad que esas diferencias son una amenaza para las tradiciones de tu comunidad? ¿Has visto alguna vez que traten mal o se burlen de esas personas? ¿Te has acercado a platicar con esas personas? ¿No crees que podrías aprender mucho de sus experiencias?

Un poco más arriba hemos mencionado algunas maneras en que la sociedad y el Estado pueden apoyar a niñas y niños migrantes. Reúnete con tus amistades o con tu grupo de la es-

cuela (pueden organizarse en equipos) y hagan una lista de formas en que podrían ayudar a niños y niñas migrantes a sentirse mejor cuando regresen a tu comunidad o cuando pasen por ella en su camino a otros lugares. Luego pueden compartirlas y comentarlas con otras amistades, con su familia o con el resto del grupo escolar.


¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Jonathan, ¿águila o sol?
se terminó de imprimir en septiembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.





Jonathan nació y siempre ha vivido en Brookfield, un pueblo del estado de Illinois, Estados Unidos. Un buen día, su familia decide mudarse a Kipatla. Para él no es una buena noticia, sobre todo porque extrañará el lugar donde nació y a todos sus amigos. Aunque sabe que sus raíces están en México, no logra comprender qué significa eso, ni entiende por qué en Kipatla le llaman “gringo pirata”. ¿Quieres descubrirlo junto a Jonathan y sus nuevos amigos y amigas?

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta